

Aurora Guerra
EL BAILE DEL DESTINO



LA VERDADERA HISTORIA DE

*El Secreto
de Puente Viejo*



Aurora Guerra

El baile del destino

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El baile del destino, novela basada en *El secreto de Puente Viejo*. Una serie de televisión creada y producida por BoomerangTV para Antena 3

Creada por Aurora Guerra

Supervisión de los contenidos del libro: Josep Cister

© Aurora Guerra, 2015

© 2015, Atresmedia

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2015

Depósito legal: B. 25.406-2015

ISBN: 978-84-08-14754-1

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

«Dios nos preña; el diablo nos hace parir»,
Consuelo, la Balmes

Mientras la vida se abría paso entre las piernas de su temblorosa víctima, el culpable de tanto dolor galopaba sin descanso para matar lo que él había creado. El aullido del viento quedó eclipsado por un aullido aún más feroz, más ronco y gutural. Era la vida gimiendo, pugnando por atravesar entrañas y abrir los huesos de la madre, una joven, casi una niña, que llevaba en su vientre el fruto de su amor y de su pecado. Las delicadas manos de Águeda, acostumbradas a la seda y a la batista, se aferraban como garras a la áspera sábana del camastro donde se paría a los hijos oscuros y sin nombre, que eran los nacidos bastardos en la España de finales del siglo XIX. La casucha de piedra, antigua morada de la-

bradores y ahora refugio de la doliente señorita de la incipiente alta burguesía, se calentaba gracias al fuego que crepitaba en el hogar y al aliento de las dos mujeres que sudaban para no perder la lucha en la que estaban inmersas. Consuelo Balmes, la partera, había anudado un manojito de albahaca en el blanco y firme muslo de la madre, en un intento de aliviar los dolores. Consuelo ya había asistido a decenas de mujeres. Su rostro terso, moreno y hermoso, relucía con una húmeda capa de sudor, como si se hubiera depositado sobre él una fina lámina de pan de oro. La frente se fruncía por el esfuerzo de apretar el hinchado y tenso vientre de Águeda. La estancia olía a fluidos corporales, a sangre y orina, y a malva y salvado, utilizados en forma de sahumero para ablandar las partes de la primeriza. Pero la Balmes sabía que no había más método para parir que el sufrir. Apretar los dientes y notar cómo los huesos de tu cuerpo se abren, como presos del más experto de los verdugos, para dar paso al esqueleto blando y cartilaginoso del bebé. Así ha sido, y así será, para damas y campesinas, para nobles y para siervas. Y así estaba siendo para la delicada Águeda, huida del cálido sur, su hogar, por bien de parir en soledad y ajena a la maledicencia de propios y extraños y, sobre todo, del padre de su hijo, el muy temido Salvador Castro.

Salvador iba a tener más de un hijo esa oscura y ventosa noche. A diferencia de las mujeres, los hombres pueden ser padres al tiempo y en distintos lugares a la vez, por la gracia de pateta. Mientras la asustada Águeda paría en la solitaria casucha de campo, una entera y orgullosa mujer abría su vientre entre mullidos colchones y fragantes esencias. El dolor era el mismo. Ascuas incandescentes donde antaño hubo un instante de placer; hierros al rojo penetrando lacerantes en el espinazo. Francisca, elegante y bella señora de La Casona, había olvidado cuán intenso era el tormento y cuán eterno se hacía. La mente de las mujeres olvida ladinamente el detalle del dolor que sienten cuando dan a luz a sus hijos. Mecanismo de la naturaleza para asegurarse la pervivencia de la especie. Si no, nadie en su sano juicio tendría más que un hijo: el primero.

Francisca trataba de no emitir gemido alguno. La partera rogaba a su ama que gritase, que dejara escapar parte de su suplicio por la garganta, así no todo iría a sus entrañas, pero ella se negaba. Una Montenegro no se queja. Una Montenegro no pare dando alaridos como una vulgar jornalera. Rosario, la callada criada de Francisca, hizo un gesto a la partera: con esa mujer no servían razones. Mejor dejarlo estar. Pero para Francisca, pálida como la

porcelana, cremosa como solo la clase pudiente podía serlo, no era únicamente cuestión de clases: no iba a permitir que su esposo disfrutase con sus gritos. Cuando nació su primogénito, Tristán, había exigido estar en la misma estancia que la parturienta, cosa absolutamente vedada a los hombres, para ver cómo la frente de su esposa se quebraba por el esfuerzo, cómo su gesto se descomponía al pujar, cómo de su cuerpo salían sangre y heces y, sobre todo, cómo su mujer se retorció de dolor. Así era Salvador Castro: cruel, sádico, feroz. Un diablo encarnado. No. El diablo.

Pero Francisca podía haber gritado hasta que sus pulmones estallasen, porque su esposo no habría podido escuchar tales lamentos. Había abandonado las tierras de Puente Viejo, el pequeño pueblo que albergaba su vasta hacienda, al anochecer. Con la ira en sus ojos y la venganza en sus manos, había partido en busca de la otra mujer que esa noche pariría a su otro hijo. No le importaba dejar España plagada de bastardos de planchadoras y maestrillas, pero no podía permitir que la inocente hija de un prohombre metido en política como era don Alonso Molero, entrañable compañero de Sagasta, anduviese dando vida a un hijo suyo. Si su padre se enteraba de que, mientras él le abría su casa y sus

negocios, Salvador andaba seduciendo con falsas promesas a su virginal hija única, la vida de Castro valdría menos que la de un cordero lechal en Pascua. Por ello ahora galopaba como un loco en pos de Águeda, buscando borrar las pruebas de su vergonzante delito: su hijo.

La Balmes acogió con sus manos la cabecita que se abría paso por entre los muslos de la doliente madre. Sabía que debía aferrar con firmeza, pero sin violencia, cuello y hombros de la criatura. Los cráneos de los recién nacidos eran frágiles como sandías maduras. Había visto bebés malogrados de por vida por la dureza de manos de algunas parteras. Niños que vivían el resto de sus días con paso trémulo y babas resbalando por las bocas entreabiertas y balbuceantes. A ella nunca le había pasado con niño alguno. Faltaría más.

—Ea, señora —alentó Consuelo a Águeda—, que esto ya está hecho.

—¿Qué es, partera? —se animó a preguntar la parturienta con un halo de voz.

—Un varón, señora.

Águeda suspiró con alivio. Un hombre. Menos mal. Así no pasaría por semejante tormento. Los hombres están hechos para infligir dolor; las mujeres, para soportarlo. Pero el alivio fue momentá-

neo. Como un latigazo, el padecimiento pasado volvía. La Balmes andaba ocupada en limpiar las narices del pequeño absorbiendo los mocos con su boca y en darle calor. Ese niño era demasiado endeble y raquítico. No lloraba, apenas respiraba. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por el grito de auxilio de la madre. La faena no había acabado. Otra criatura venía en camino.

En el lejano Puente Viejo, la noche también era larga y espesa en La Casona. El sobrio edificio de ladrillo rojo, con su zaguán y sus aleros volados, sus ventanas gemelas en la torre que albergaba las dependencias de los amos, era imponente por recio. Pareciera que ni el más atroz de los vendavales, ni el aguacero más virulento, pudieran hacer temblar los cimientos de la construcción. Centenarios árboles daban sombra y cobijo, y parterres de dalias, adelfas, madre selvas y rosas daban fragancia y color al jardín, que se hacía bosque, campo, selva, no bien avanzaba el caminante más allá de quinientos metros. La naturaleza en Puente Viejo era fuerte, y obstinada. Crecía a su libre albedrío en cuanto las manos del jardinero se descuidaban un ápice. Y así eran sus habitantes: algo indómitos y testarudos.

En ese sobrecogedor entorno, Francisca seguía pugnando por expulsar de su cuerpo a quien pare-

ciera que no deseaba ver la luz, como si presagiase que nunca volvería a sentirse tan a salvo como en el ingrátido útero materno. Su hermano, un niño de tristes ojos y delgada figura, esperaba el nacimiento de su hermano en el suntuoso salón de su suntuoso pero gélido hogar; la chimenea, casi apagada, parecía bailar con la trémula llama que aún sobrevivía a la noche. Pese a sus cinco años, el zagal entendía que era de ley que el hombre de la casa permaneciese esperando el desenlace del alumbramiento. Y su padre, Salvador, como casi siempre, no se hallaba en el hogar. Tristán lo agradecía. Cuando madre y él estaban solos, a veces recibía una caricia o un beso fugaz, de labios secos, pero a él le bastaba. Su padre ponía en el rostro de su madre una máscara de amargura parecida a la que pintaban en las tapas de los libros de teatro. Esa que deja caer las comisuras de los labios hacia el suelo. Además, le pegaba. Y no solo a su madre, pegaba a todo bicho viviente. A los jornaleros, a las criadas, a los perros y a los caballos. A él también, aunque a veces notaba que le miraba con una suerte de miedo. Sorprendía sus ojos negros, envueltos en rizadas pestañas del mismo color, bajo el arco de cejas bien dibujadas y pobladas; unos ojos que debieran haber sido hermosos si no fuera por su ferocidad. Los lobos tornan la mirada en miel cuando miran a sus cachorros. Los de su padre destilaban hiel. Le miraba fijo con esos

ojos demoníacos cuando creía que Tristán no se daba cuenta, y el infante atisbaba en ellos un destello de asombro, teñido de pavor. Duraba un instante, y casi siempre venía seguido de una brusca orden para que desapareciera de su vista; cuando volvía a ver a su madre, la mujer ya llevaba la máscara griega. Pero esta no disfrazaba los moratones.

El parto se prolongaba, pero el muchacho no dormía, pese a que el ocaso hacía horas que había acariciado con sus últimos rayos los ventanales de la estancia. Tristán no había dormido apenas desde que vio la luz. Permanecía extrañamente alerta, como esperando algo que había de llegar sin duda. Ni médicos, ni curanderos, ni doctores de la mente habían logrado que el zagal durmiera más que a ratos, siendo sus vigiliass cuasi perennes. Por fortuna, aquello que esperaba acababa de nacer...

El llanto de la niña sonó a hueco, como si viniera del interior de una cúpula de carne y hueso, pues la pequeña lloró no bien su cabeza asomó por entre los muslos de Águeda, para sorpresa de Consuelo, que nunca había visto cosa igual. Caramba, qué distintas las dos criaturas. La primera, apenas con un aliento de vida; la segunda, vivaracha como una ginetá. La Balmes sonrió, pues el trozo de carne trémula que limpiaba con una gasa humedecida en

aceite parecía contener inusitados arrestos en un cuerpo tan pequeño. Sus ojos estaban abiertos, y por entre los párpados hinchados se atisbaban dos azabaches despiertos. Águeda sostenía entre sus brazos a su gemelo, que parecía tener pocas ganas de vivir. Los ojos de las dos mujeres se encontraron y el peso del pasado, el peso de ser hembra y ver morir a las criaturas que engendraste y pariste, fue expresado sin palabras. Águeda le pedía algo a esa desconocida que por unas monedas la había ayudado no a aliviar el suplicio, sino a hacerlo más llevadero por mor de la compañía.

—Salva a mis hijos, partera.

—A usted he de salvar, señora, que si no le coso esas partes, de seguro se me desangra viva, y quién habría de amamantar a sus criaturas entonces.

Águeda hizo un gesto de desesperación. Esa joven comadrona no entendía a lo que se enfrentaban.

—Sálvalos de su padre. Has de llevarte a mis niños lejos de aquí antes de que él venga y nos descubra.

Eran muchas las señoritingas que cometían deslices y luego trataban de ocultar sus alegres correrías dando a luz fuera de sus elegantes mansiones y entregando a los bastardos a la inclusa. A ella bien poco le importaba de dónde venían críos y madres mientras le pagasen sus buenas monedas por sus

servicios, así que ni preguntaba ni esperaba confesiones, que para eso estaban los curas. Pero lo que veía en los ojos de la recién parida no era miedo a que el acaudalado padre descubriera su vergüenza, lo que veía en la faz de Águeda era terror.

—Señora, que el padre tan ruin no ha de ser. Lo más que le puede pasar es que deje a los niños en el convento más cercano y luego no quiera volver a saber de usted.

Águeda negaba presa del pánico.

—¡No! No lo entiendes. El padre de mis hijos es el mismo demonio, partera. Y como tal, no conoce la piedad. No quiere entregarlos: quiere asesinarlos.

Consuelo no atinó a responder, pues los cascos de un caballo se abrieron paso entre el rugir del viento. Paralizadas como estatuas, ambas pusieron oído. El jinete descabalgó y la puerta de la entrada fue abierta con fuerte estrépito, sin duda de una patada. Los pasos se acercaban hacia ellas.

—Te lo suplico —susurró Águeda—. Escóndelos.

Consuelo dudó solo un instante. ¿Quién era esa mujer para ella? Un puñado de monedas, nada más. La Balmes llegaba cuando los dolores, sacaba a los niños de los cuerpos de sus madres, cosía a estas, limpiaba a los críos y punto redondo. Pero esa criatura de ojos vivos que temblaba en su regazo no tenía la culpa de los males del mundo. A su es-

palda había una fresquera, y ella era pequeña. Se dirigió hacia allí con la intención de poner a la niña a buen recaudo y luego coger a su hermano. Pero las botas de ese a quien tanto temía Águeda cada vez resonaban más cerca. La mujer alargó los brazos, ofreciéndole el niño a la partera, pero esta no tuvo tiempo más que para refugiarse en la fresquera y cerrar la puerta tras de sí.

La puerta de la estancia se abrió de golpe. Allí, erguido sobre su imponente altura, se encontraba Salvador Castro, húmedo por la lluvia que empezaba a caer. Sus ojos, negros como el ojo de un pozo, miraban con un aire de triunfo a la débil madre. ¿Cómo pudo amarle? ¿Cómo pudo creerle tierno y cariñoso? Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Águeda, así como los recuerdos: cómo le vio llegar al cortijo de su padre, a lomos de un español morcillo que parecía bailar impulsado por sus piernas; cómo se estremeció cuando le cogió la mano para besársela con delicadeza; cómo sucumbió a su tacto con la primera caricia, volviéndose líquida y desmadejada, imposibilitada para la resistencia ante tan sorprendente y desconocido ataque. Creyó en su amor, y en sus promesas. Como ahora creía firmemente en que esas mismas manos que recorrieron recovecos de su cuerpo que ni ella misma sabía que existían serían capaces de matarla con su hijo en brazos con la misma pasión.

—Águeda... Te diría que es un placer verte, pero mentiría. Tu aspecto es repulsivo.

—Salvador —suplicó Águeda mostrándole al pequeño y casi inerte bebé—. Mírale. Es demasiado débil. No llegará a las luces del alba, te lo aseguro.

Salvador se acercó y miró a su hijo con repugnancia. Luego sonrió con una mueca siniestra.

—Para qué hacerle prolongar su agonía, pues.

Y sin que la atormentada madre pudiera hacer nada, Castro arrancó al pequeño de sus brazos; las aterrorizadas manos de Águeda trataron de aferrar la carne de su hijo con fuerza, mas solo consiguieron arañar la fina piel del niño. El recuerdo de esas líneas rojas en su blanca piel la perseguiría toda la vida. Así como el sonido del cuello de su hijo quebrándose bajo las garras del hombre que lo concibió. La mujer aulló como una loba a la que le matan su camada.

La noche se estremeció, quedando luego en un silencio reverente, como si la naturaleza elevase una plegaria por el neonato muerto. El cuerpo inerte de su hijo le fue devuelto con un despectivo gesto de Salvador. Lo tiró sobre el camastro y luego se limpió las manos. La boca de Águeda se quedó abierta en un grito mudo, sin voz para expresar tanto horror. En su escondrijo, la Balmes se tapaba la boca, tratando de contener las bascas. No podía ver lo que sucedía desde su escondrijo, pero el crujido de huesos y el lamento de la madre lo decían todo.

—Tenías el vientre hinchado como el de una burra y pares esta piltrafa —espetó con desprecio. Miró con curiosidad tres pequeños lunares que el desgraciado bebé tenía en su espalda—. Estaba marcado para morir, es claro.

Águeda no respondía. Tenía la mirada fija y perdida en su hijo muerto. Inerte su cuerpo e inerte su alma. De repente, un débil gemido rompió el silencio de la estancia, en donde solo se escuchaba el crepitar de las llamas. Salvador se tensó, como un toro al ser picado.

—¡Has parido dos engendros, zorra!

—¡No! No, te lo juro, Salvador.

—¡He oído un gemido! —bramaba Salvador mirando a su antigua amante con la cólera en sus ojos—. Hay otro bastardo.

Águeda, arrastrando su cuerpo fuera de la cama, se tiró a los pies del asesino de su hijo. Musitaba que era un gato, una camada de mininos que lloraban de hambre por las noches... Salvador, iracundo, ni la escuchaba. Librándose de Águeda, que abrazaba sus piernas en un vano intento de inmovilizarle, registró armarios, baúles y alacenas. Al fin, abrió la fresquera. Águeda creyó morir. Su niña, su hijita... Pero, Dios sea loado, la fresquera estaba vacía. Salvador, aún escamado, cesó su búsqueda. Levantó a la recién parida por el camisón, como si fuera un saco, y puso su faz muy cerca de la suya.

—Si algún día me entero de que tuviste otro cachorro, lo mataré. Como te mataré a ti y a todos los tuyos si se te ocurre mencionarme.

Salvador lanzó el cuerpo de quien había sido su amante contra el suelo y salió de la estancia tan abruptamente como había llegado. Águeda lanzó una mirada interrogante hacia la fresquera, en busca de su niña. Sucia de barro y lacerada la piel, apareció la Balmes, con la criatura en brazos. Aprovechando el estruendo que levantaba el iracundo padre al buscarlas, logró abrirse un hueco derribando un par de ladrillos de adobe, reblandecidos por la humedad. Aún conmovida por el horror que habían vivido, Consuelo pronunció las palabras que habrían de cambiar las vidas de todas.

—Cuidaré de la niña, señora. En verdad es hija del diablo.

Lo mismo opinaba Francisca al ver a su hija, aún manchada con su sangre. La partera se la acercó para que la madre la reconfortara con su calor, pero esta se negó.

—Llévatela. Sufrí al engendrarla y he sufrido al parirla.

—Tiene que alimentarse, ama —respondió Rosario, la joven doncella que había parido ya tres va-

rones y no le daban las mientes para entender que una madre rechazase a su sangre.

—Llama a un ama de cría. Ni mis lágrimas ni mi leche se derramarán para esta hija del odio. Largo de aquí con ella.

Francisca apartó sus fríos ojos de la niña. Rosario salió al pasillo con la criatura, rubia y hermosa. Le besó tierna la frente y se juró a sí misma darle el calor de su pecho y el consuelo de sus manos; como hacía con su hermano, Tristán, como hacía cada día con sus hijos. Su falda acarició las mullidas alfombras del larguísimo pasillo, y se llegó hasta la amplia escalinata de piedra. Sin agarrarse a la barandilla de forja como solía hacer, pues llevaba la preciosa carga en los brazos, bajó los peldaños, y la tenue luz del alba que rompía la noche acarició sus cabellos castaños, recogidos en una rígida cofia almidonada.

Al entrar en la biblioteca localizó a Tristán, enfrascado en dar vueltas a un globo terráqueo. Sabía que lo encontraría despierto. Cuando su padre estaba en La Casona, Rosario ordenaba al chaval que fingiese dormir, pues al amo Castro le daba muy mal fario que el niño pasase las noches en vela, que nunca desfalleciera, que siempre pareciese alerta. Así que Tristán se metía en su alcoba, apagaba el quinqué y, cuando oía los pasos de su padre acercarse por el pasillo, cerraba los ojos y respiraba acompasadamente.

—Tristán, hijo. Aquí tienes a tu hermana.

El niño se acercó hasta Rosario, que se sentó para poner a ambos niños a la altura. El jovencito la contempló con solemnidad durante un largo rato, y luego miró a Rosario con una sonrisa. Así, los tres juntos, sin hablar, recibieron al amanecer.